

Separación y Acto

Ana Paula da Costa Gomes

Intervención individual

¿Cuál es la pérdida que está en juego en una separación amorosa? ¿Por qué es tan difícil separarse?

Escena de cine. Estamos en Irán, una mujer pide el divorcio ante un juez, pues quiere salir del país llevando a su hija, y su marido no quiere ir con ella, pues no quiere dejar al padre que sufre de Alzheimer. La pregunta que Simin hace es: ¿Por qué el marido no puede abandonar al padre, y sí puede abandonar la mujer?

¿Cómo respondería un psicoanalista a la pregunta de Simin?

El neurótico, sea él, hombre o mujer, salva al padre, salva su posición edípica y retira a la mujer de escena, pues esta, representa lo que está más allá del orden fálico, representa la particularidad, la diferencia sexual por excelencia, lo que causa el deseo, que es pura insistencia, movimiento.

Freud, en sus ensayos sobre la sexualidad, dice que todo encuentro amoroso, es en verdad un reencuentro amoroso. Es decir, en la tragedia o en la comedia de la psicopatología de la vida amorosa, no hay como elegir nuestros objetos amorosos, sin que estos porten la marca edípica de nuestra constitución. Amamos en conformidad edípica. Las relaciones amorosas son sintomáticas, porque en su gran mayoría, son reediciones de historias edípicas _de cada sujeto en particular, que conforma la pareja. El amor padece de una insistente escena edípica que se repite.

Una separación amorosa, actualiza la pérdida constitutiva de nuestra entrada en el mundo y nos coloca delante de nuestro lugar en la fantasía. En el seminario XI, Lacan trata de la constitución del sujeto a partir de las operaciones de alienación y separación. El sujeto humano, se constituye en el campo del Otro, en la operación de alienación, se constituye a partir de la investidura parental, del narcisismo de los padres. Es el significante que representa un sujeto para otro significante. “La alienación consiste en ese velo que – si la palabra condenado no suscita objeciones de parte de ustedes, la retomo – condena al sujeto a sólo aparecer en esa división que vengo, me parece, de articular suficientemente al decir

que si él aparece de un lado como sentido, producido por el significante, del otro él aparece como afánisis.” (Seminario XI, Pág. 199)

Si por un lado, esta alienación da un billete de entrada al infans en el mundo, por otro lado, también le devuelve una pérdida que él tomará como falta. Frente al Otro de nuestra constitución preguntamos: ¿qué quieres? ¿*Che vuoi?* Él me da el significante, pero qué es lo que quiere. Todos los porqués del niño, atestiguan menos una avidez de saber de lo que el enigma del deseo del adulto. La fantasía es la respuesta que damos al enigma del deseo del Otro. Cuestión, que por excelencia, rige nuestras relaciones, a la cual respondemos de forma fija, sintomática, y la elección amorosa no podría ser vivida de forma diferente. No hay tanta libertad como se piensa, en la elección de un objeto amoroso.

Sobre la separación Lacan nos dice:

"Mediante la separación el sujeto encuentra, digamos, el punto débil de la pareja parental primitiva de la articulación significante, en la medida en que es, por esencia, alienante. En el intervalo de estos dos significantes, se aloja el deseo que se ofrece a la localización del sujeto en la experiencia del discurso del Otro, del primer Otro con que tiene que vérselas, digamos, para ilustrarlo, la madre, en este caso. El deseo del sujeto, se constituye en la medida en que el deseo de la madre esté más allá o más acá de lo que dice, de lo que intima, de lo que hace surgir como sentido, en la medida de lo que el deseo de la madre es desconocido, es allí, en ese punto de carencia, de falta que se constituye el deseo del sujeto."(Lacan, página 207)

En la mayoría de las separaciones amorosas, el sujeto repite el modelo freudiano del duelo, abandona la catexia objetal, retorna la libido hacia el yo, y después de un trabajo de elaboración, vuelve a investir un nuevo objeto. ¿Pero, qué hay realmente de **nuevo** en este objeto amoroso, si el sujeto no está en análisis, en una travesía de la fantasía, donde pueda cernir ese punto, de la falta del Otro? Falta esta, que como nos dice Lacan, es el lugar donde se constituyó su deseo, y donde mínimamente podemos hablar de un margen de libertad. Sin análisis, aunque el sujeto no melancolice, de qué realmente él se separa al terminar una relación amorosa.

Freud dice en “Duelo y Melancolía”, al hablar sobre la melancolía “el sujeto sabe a quien perdió, pero no lo que perdió en ese alguien”. ¿Será que sin análisis, el sujeto, en una separación amorosa tiene condiciones de responder a esta pregunta? ¿No podemos

destacar aquí, un punto melancólico estructural del sujeto, en este punto de más acá y más allá del deseo desconocido de la madre, donde se sitúa el punto de falta en el cual se constituye el deseo del sujeto? Sin análisis, el sujeto toma este punto como afánisis.

Sólo en el análisis, a partir de la travesía de la fantasía, dejará de tomar esta pérdida dada en la alienación al significante en el campo del Otro, como falta, como afánisis, apagamiento, y la tomará como causa, ya que efectivamente el proceso de separación y duelo se puede dar.

En una separación analítica, es de esta escena edípica que se trata. Es este, el hueso de una separación. Es el peñasco de la castración de un análisis: el complejo de Edipo. De allí, que Lacan critique el concepto de duelo en Freud, pues no se trata apenas de la retirada de libido del objeto, retorno hacia el yo y reinvestidura libidinal. El duelo, es el trabajo que se hace en un análisis, trabajo de travesía de la fantasía, de cernido del lugar de falta, de lo imposible de decir sobre el sujeto. El duelo, es la posibilidad del sujeto enunciar, que fue el objeto de falta del Otro, de su castración. Pues, caso contrario, el sujeto sólo cambia la dirección de su compañero, mas la falla del encuentro/reencuentro amoroso, continua siendo la misma.

Es preciso prescindir del padre, sirviéndose de él, de aquel amor necesario, edípico; pero, si no se incluye la diferencia que una mujer porta, en relación a la norma fálica del padre, será siempre un amor de repetición, destinado al fracaso del goce, del sufrimiento, de la mortificación de la cual las parejas tanto se quejan, porque el deseo fue vivir en otro lugar.

Sólo la castración, permite al amor condescender al deseo. Y es la transferencia, la vía regia de este acceso. Dice Lacan: "Esta operación segunda es tan esencial de ser definida como la primera, porque es allí que vamos ver despuntar el campo de la transferencia. La llamaré, introduciendo aquí mi segundo término, la separación" (Seminario XI, página 202)

El trabajo de análisis, trabajo de transferencia, es un trabajo de separación. El punto en el cual el sujeto, hace el duelo de la madre, para excavar la mujer que hay en ella, y responder, cada uno, particularmente, originalmente a la pregunta freudiana, ¿qué es una mujer? Pregunta que sólo se puede responder, a partir del padre. Este que operó simbólicamente, metafóricamente en el Edipo, y que el sujeto, sirviéndose de él, va a ultrapasarlo. Haciendo del padre un nombre, un autorizarse de este punto de falta, más allá de su amor de repetición. Transferencia no es repetición. Y del Otro, lugar en que se hacía demanda de amor, el sujeto hará causa de deseo.

“El deseo del analista no es un deseo puro. Es un deseo de obtener la diferencia absoluta, aquella que interviene cuando, confrontado con el significante primordial, el sujeto viene, por la primera vez, a la posición de sujetarse a él. Sólo allí puede surgir la significación de un amor sin límite, porque sólo fuera de los límites de la ley, es donde él puede vivir.”(Lacan, Seminario XI, página 260)

Separación es acto: ¿cuál será el amor posible, al final del análisis, sin el límite del Edipo?

Traducción: María José Estevez

Psicoanalista Miembro de la Escuela Letra Freudiana - RJ

Master en Psicología – UFRJ-